

**33 REFLEXIONES  
QUE CRISTO  
HARÍA EN MI LUGAR**

**David González Lago**

**33 REFLEXIONES  
QUE CRISTO  
HARÍA EN MI LUGAR**

  
**ESDRÚJULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, abril 2016

© David González Lago, 2016  
© Esdrújula Ediciones, 2016  
© Antonio Praena, por el prólogo

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de  
Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Eva Vázquez

<http://evavazquezdibujos.com/>

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 434-2016

ISBN: 978-84-16485-61-1

Impreso en España · Printed in Spain

33 reflexiones que Cristo  
haría en mi lugar  
Prólogo de Antonio Praena

Resulta contracultural, atendiendo especialmente al panorama español, encontrar un libro que, sin complejos ni temores, se construye en referencia a la vida de Cristo. El resultado de este juego de espejos es causa de asombro, de esa capacidad de asombrarnos que jamás debiera perder la poesía porque, independientemente de que el poeta tenga o no una fe religiosa, el atrevimiento desafía las normas de lo políticamente correcto a la hora de abrirse un camino en esos mundos de la palabra.

La causa formal viene a confluir con la causa material. Pero no nos pongamos escolásticos, aunque sea posmoderamente escolásticos, porque la cosa es más sencilla. Estamos ante 33 poemas de 33 versos escritos a la edad de 33 años: la edad de Cristo en el momento de su muerte y resurrección. Ambas dos, porque es este libro todo un arte de la resurrección. Y así, la forma «33» nos lleva a una cuestión implícita y transversal en cada poema de este poemario: mirar de frente nuestra propia vida —con ironía,

con distanciamiento, con frescura— a una determinada altura del camino. La madurez y el sentido del tiempo en definitiva.

David González Lago mira su tiempo y se mira a sí mismo desde un clásico. David nos reta a leer lo que queda más allá de la modernidad desde la óptica de un personaje sagrado. Un sagrado personaje —y un sagrado texto— que es, además, un clásico cuyo impacto estético no se mide por siglos sino por milenios, Jesús de Nazaret. Y lo hace desde la santa indiferencia de quien sabe que prescindir del elemento religioso —otro atrevimiento y otro reto para el lector— pone a prueba la dimensión sacral del personaje comprobando su alcance clásico y, a la vez, pone a prueba el alcance clásico del Jesús bíblico jugando a desacralizarlo, poniendo contra las cuerdas su divinidad. No tardaremos en vislumbrar resultados.

En primer lugar, el resultado de lo obvio: tener este libro entre las manos. Ya esto solo. Dos milenios y el asunto sigue vivo. Reivindicado por signos polarmente opuestos, bandera discutida —como nos dice el Evangelio de Lucas— y piedra de tropezar, parece que Cristo, que nunca escribió nada más allá de unas letras en el suelo, aún inspira libros. Libros no religiosos, libros de descarada paganidad como este.

En segundo lugar, estos poemas rezuman libertad. El nunca agradable ejercicio de mirar a los ojos de nuestros 33 años resulta aquí libación. Festivo derrame de licor, pero también proceso por el que la amargura se transforma en miel de alegría. Y donde dice miel dígame cualquier contemporáneo néctar. David habla de sí y se habla a sí mismo

escapando del yoísmo gracias a la contraimagen de Cristo. Es un recurso sagazmente utilizado que, nuevamente, fusiona forma y contenido en orden a un resultado genuinamente poético.

En tercer lugar, la irritabilidad que el Cristo sagrado y el Cristo clásico provocan. Para eso están los clásicos. Pasan por el tiempo pero el tiempo no pasa por ellos. Y, además, su actualidad es tan candente que irritan. Tanto, que hasta del flirteo posmoderno salen fortalecidos. Uno de los signos de nuestro tiempo en los que nuestro tiempo ha reparado poco consiste en que hemos pasado de combatir al personaje crístico a reivindicarlo hasta para reivindicar la parte reivindicativa que se encierra en el ateísmo y el agnosticismo. Y David González Lago tiene el coraje de llamar al mito por su nombre, Jesucristo, exponiéndose a cualquier forma de simplista, recurrente y obsoleta catalogación academicista en la forma, reaccionaria en el fondo.

Y más. Porque sobre todo está la irritación que provocan quienes van al fondo sin mirar a derecha o a izquierda. Como ha señalado González Iglesias, «los clásicos irritan, porque desafían con su autoridad las ideas preconcebidas de cada uno y los esquemas que cada época presenta como sagrados». Nos deconstruyen personalmente y deconstruyen la poesía de este tiempo. La figura de Jesús irrita, pero, sobre todo, irrita al autor de estos poemas. El elemento clásico rayando en la sagrada textualidad, su sagrada textualidad tan próxima a la otra dimensión, la divina, devienen así —por doble vía irritante, subcontrario sentido consentido— en un nuevo motor de creación literaria.

De ese modo, perdonar pecadoras, escandalizar fariseos, ofrecer heridas abiertas a la prueba táctil de los incrédulos tomases de hoy en día, sacar de sus búnqueres a Lázarus inmovilistas, entregarse a la negación del amigo asumiendo las propias traiciones sin asomo de culpa, exponer la clara voluntad de no ofrecer la otra mejilla y aun de devolver los golpes, no permanecer atado a la columna soportando humilde y pacientemente la flagelación, derribar esa columna y todo lo que sostiene provocando un estornudo cósmico, sentirse un «Ecce homo» cubierto por las marcas del consumo capitalista, curar ciegos de nacimiento con el sólo barro de la valentía, y etcétera de etcéteras, nos invita a reflexiones necesarias. A paganos y a creyentes. A quienes han alcanzado los 33, a quienes van en camino y a quienes esa fecha de balances con la vida les queda ya muy atrás.

He ahí todo un catálogo de variantes, de recepciones del texto evangélico de signos muy distintos. Nuestro poeta no sólo nos hace pensar sino que activa nuestros resortes, porque la poesía está más cerca de la acción que del pensamiento. En todo caso, es pensamiento en acción, verbo que actúa. Este titulado *Reflexiones...* es algo más que un libro reflexivo. Lo curioso no es su lectura personal, aquello que el poeta haría ante los mismos «lugares teológicos» y antropológicos en que Jesucristo se encuentra. Lo curioso es que esos lugares aún puedan hacer hablar a las piedras, levantar libros. Porque estos poemas se nos quedan hablando una vez acabado el poema. Quizá empiezan cuando los poemas mismos acaban. Por eso, si arriesgada es la apuesta de David González Lago, más aún lo es la de la editorial Esdrújula al publicarlo.

Cristo, en el lugar del poeta, no pondría la otra mejilla, no sería un buen pastor, no usaría sábanas santas, se bajaría de la cruz, caería en las tentaciones, reutilizaría clavos oxidados, curaría ciegos a guantazos, tendría un huerto ecológico, des-descubriría América, rezaría a los poetas muertos, toparía con la Iglesia. Sería ateo. ¿Un libro nietzscheano? ¿Una subversión del lenguaje? ¿Una agitación de conciencias y temas demasiado aquietados? ¿Una invitación a repensar lo que pensamos sin haber antes considerado sus contrarios, su lado del revés? No sé, no me interesa saberlo. Me basta con haberme inquietado. Y me alegra esa inquietud. Ya es mucho. Sobre todo porque al llegar al final de este libro descubrimos que «todos escuchamos la losa que sella el sepulcro, sentimos su peso inamovible sobre nosotros» pero «no todos conseguimos apartarla —a los tres días o a los tres minutos—.» La biografía de los otros escribe la nuestra, la de David. De forma aristotélica, llegamos a un lugar humano universal, por más que nos alejemos del héroe. Nada más universal que medirse contra un concreto.

No hablamos de los otros sólo para hablar de nosotros mismos, sino con nosotros mismos: «Cristo resucitó una vez. / Yo ya perdí la cuenta.» Señalaba el mismo Nietzsche: «temo que no nos libraremos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática». En otro orden, si esto es así, lo temible no es tamaña profecía. Lo temible es que no nos libraremos de la poesía mientras alguien siga hablando de Dios o de su Cristo. Felizmente en este caso.

33 reflexiones que Cristo  
haría en mi lugar

## Con la edad de Cristo

Ahora que por lo visto  
tengo la edad de Cristo  
he caído en la rutina  
de morirme y resucitar.  
Cada día dedico un breve instante a mi expiración.  
Sin pena, sin dramas,  
pues sé que a los tres minutos  
—lo siento Cristo, yo soy más rápido—  
volveré a la vida real.

Voy mutando con cada resurrección.  
Nunca vuelvo a ser el mismo,  
me siento más pesado y más libre,  
más etéreo y más terrenal.  
Rememoro mis vidas pasadas  
y me propongo no cometer los mismos errores,  
patear la piedra con la que siempre tropecé,  
lanzarla lejos con un tirachinas gigante,  
como un niño travieso haciendo justicia.

Con cada renacer renuevo mi propuesta,  
propuesta siempre incumplida,  
siempre amante insatisfecha.

A veces juego a tener la edad de Buda,  
renazco en otros cuerpos, en otros seres.  
Me doy el placer de vivir otras vidas,  
miro el mundo con ojos de animal,  
respiro sin humanas preocupaciones,  
soy consciente de la estupidez humana.  
Me reencarno por el mero placer de jugar  
—jugar con la creación, jugar con la Madre Eterna,  
sentir la verdad de los latidos salvajes—.

Pero siempre vuelvo a mi antropomórfica resurrección.  
Por lo visto tengo la edad de Cristo  
y no es edad para andar jugando.

## Sobre las aguas

No siendo el fuego el purificador  
sino el líquido elemento omnipotente,  
a veces camino sobre las aguas  
y a veces me ahogo en un vaso  
con tres gotas imperceptibles en el fondo.

A veces se avecina una tormenta,  
me sitúo justo en el centro  
y disfruto del diluvio universal.  
Termino empapado, calado, arrugado,  
me tiendo al Sol y espero tres días  
hasta quedar completamente seco.

Parte del agua se evapora y, junto a mis efluvios,  
vuelve a formar parte del ciclo del agua.  
Una porción de mí estará presente  
en futuras tormentas —rayos y truenos incluidos—  
que calarán otras ropas, otras pieles, otros pensamientos.

Otra parte caerá en la tierra,  
penetrando en ella, ayudando a germinar  
plantas, animales, textos de futuras generaciones  
de intelectuales y de ignorantes.

Unos llegarán —como yo— a la edad de Cristo,  
otros —también como yo— a la de Matusalén.  
Ni unos ni otros aprovecharán la dádiva del tiempo  
recibido.

Otra parte calará dentro de mí,  
otorgándome nociones de seres empapados antes que yo,  
haciéndome más rico y más sabio  
con cada tormenta, con cada pulmonía.

Lo peor son las veces en que me ahogo sin remedio  
en las tres gotas del fondo del vaso:  
una gota de temor que me desencaja el rostro,  
otra de perplejidad que me inmoviliza  
y una más de cobardía que me asfixia y acaba conmigo.

Suerte que, con mi edad, aprendí a resucitar.

## Daños colaterales

Y si ves que me sangra la frente,  
si ves caer cortantes gotas rojas  
formando letras en su descenso,  
conformando palabras ininteligibles,  
si me ves adoptar un gesto de dolor  
será porque tengo una espinosa corona de ideas  
taladrándome la sien,  
clavándose en mi cráneo, penetrando  
y extrayendo a su vez ideas destiladas  
que brotan coaguladas e impregnan,  
como fogosos amantes sobre sábanas de seda,  
la inocencia y la pureza del papel.

Si ves que me sangran las manos,  
si me ves florecer repentinos estigmas  
amaneciéndome de pronto en las palmas,  
no debes tenerme miedo, no te extrañes,  
no me tengas fe,  
pues para mí es algo rutinario  
estar clavado de ambas manos  
—no a un madero cruciforme—  
a una pluma y un tintero, y traducir,  
clavado, el lenguaje secreto de mis entrañas,  
sacarlo al exterior, darle vida,

escribir sin las manos, con los ojos,  
con las gotas rojas de mi frente,  
con cada pelo de mi barba tupida  
—cada uno un verso, siempre creciendo,  
siempre resurgiendo, siempre en expansión—.

Y si ves que voy camino del Calvario,  
desangrándome, vaciándome de oscuras letras,  
simplemente observa el reguero lento  
—negro sobre blanco—  
que iré dejando por el camino.

¿Y quién no?

¿Quién no ha convertido el agua en vino?

¿Quién no ha convertido el vino en autodestrucción?

¿Quién no ha dicho alguna vez,  
en días oscuros, en noches ciegas,  
«tomad y comed todas de mí»?

¿Quién no se ha entregado a un público insulso,  
a un drama, a un espectáculo tragicómico,  
aun conociendo el final de la representación:  
«mi sangre, que será derramada por vosotras»?

¿Quién no ha caminado sobre las aguas?  
Quién no ha caminado sobre el vino?  
¿Quién no ha caminado sobre sus heridas,  
quién no las ha rellenado  
con litros de vinagre y kilos de sal?

¿Quién no ha clamado al cielo:  
«Padre, no me perdones  
porque sé perfectamente lo que hago»?  
¿Quién no ha tirado la primera piedra  
contra el muro arenisco de su propia nostalgia?

¿Quién no ha disparado tras la primera  
cientos, millones de piedras más  
contra sus propias llagas abiertas y mudas?

¿Quién no ha buscado el efecto placebo  
en el fondo de una copa ausente,  
en las profundidades de unos labios carmesí,  
en la trastienda de una mirada de bestia depredadora?

¿Quién no ha escrito un poema crucificado?

¿Quién no se ha entregado a una causa perdida?

¿Quién no ha fundado —sin querer— una religión  
mientras buscaba tan solo el bálsamo  
de un cuerpo espiral bajo una sábana santa?

¿Quién no ha mordido adrede una manzana clandestina?

¿Quién no ha bajado del cielo a la tierra?